

Inspirado en el nombre que los nicaragüenses le dieron a la degradación de la Revolución sandinista devenida corrupción vergonzosa y desencanto, este libro se llama La piñata. La misma Gioconda Belli, integrante de la comisión político-diplomática, vocera y correo clandestino del FSLN, denunció la farsa de complicidades y negocios del entorno de Daniel Ortega, que llevó al impúdico enriquecimiento de muchos excompañeros de armas. ¿Néstor Kirchner lideró una reedición local de la "piñata"? Y tras su muerte, ¿qué decisión tomó la Presidenta? En este nuevo libro, el periodista Hugo Alconada Mon se concentra en el "lado B" del gobierno kirchnerista-cristinista, aquel que alejó a tantos que apoyaron sus primeros y esperanzadores años porque se sintieron engañados: los hechos no acompañaban las palabras que anunciaban un ambicioso proyecto común y vulneraban su sostén ético indispensable. Porque el rasgo característico de una "piñata" es que la riqueza termina en las manos de unos pocos, y traiciona aquella promesa original de un gobierno para muchos, inclusivo. Para eso, La piñata repasa, de la A a la Z, actos de corrupción y figuras indispensables para comprender de otro modo a un gobierno que empezó bregando por una "burguesía nacional" pero, como en Nicaragua, terminó por nutrir un "capitalismo de amigos" y una voraz apropiación de capitales. Puede el lector leerlo en orden alfabético o aleatorio. Aunque elija la secuencia más caprichosa, se sorprenderá al encontrar nombres que se repiten con insistencia, ya sea como "conectores", "operadores" o "vasos comunicantes" de un sistema feroz de impunidad. Este nuevo trabajo de Alconada Mon no es una mera denuncia sino una reflexión lúcida sobre un gobierno que, en su insaciable acumulación de poder, renunció muy pronto a ejercer un control crítico sobre sí mismo.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La piñata](#)

[Prólogo](#)

[Los conectores](#)

[A / Aerolíneas](#)

[B / Báez](#)

[C / Ciccone](#)

[D / De Vido](#)

[E / Echegaray.](#)

[F / Felisa](#)

[G / Gils Carbó](#)

[H / Hinchadas Unidas Argentinas](#)

[I / Indec](#)

[J / Jaime](#)

[K / Kirchner](#)

[L / López](#)

[M / Madres](#)

[N / Nisman](#)

[Ñ / Ñoquis](#)

[O / Qyarbide](#)

[P / Picolotti](#)

[Q / Qom](#)

[R / Relato](#)

[S / Skanska](#)

[T / Triple Crimen](#)

[U / Ulloa](#)

[V / Venezuela](#)

[W / Wilson](#)

[X / Xi Jinping](#)

[Y / YPF](#)

[Z / Zannini](#)

[Epílogo](#)

[Gracias](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

A mis hermanos

| Prólogo

—¿Por qué nunca me atacaron? —le pregunto al hombre, ícono de los sótanos kirchneristas donde se oculta la corrupción.

—Porque vos tenés información, y eso lo respetamos. Vos no hacés operetas, como máximo caés en ellas, y no cobrás —dice.

—A Enrique Olivera le inventaron dos cuentas secretas en Suiza y Estados Unidos —le retruco, en alusión al exjefe de Gobierno porteño y candidato opositor en 2005 al que carpetearon desde el oficialismo—. ¿Por qué a mí no?

El hombre no dice nada. Sonríe.

—¿Usted sabe que siempre tengo la sensación de que estoy escribiendo sobre el conejo que tengo delante de mis ojos, mientras a mis espaldas pasa un elefante rosa en zunga haciendo la vertical y no me doy cuenta? —le digo.

Entonces sí, el hombre de los sótanos habla.

—Es exactamente así —asiente, mientras mira hacia la ventana—. Ustedes los periodistas apenas si arañan la superficie.

El elefante está ahí, pero no logramos verlo.

Porque nos perdemos en contar los detalles de los conejos de turno.

Porque nos concentramos en el árbol y no vislumbramos el bosque.

Porque el elefante es el sistema.

Un sistema de corrupción que abarca a políticos, empresarios, dirigentes sociales y medios, beneficiado por una sociedad que valida con su desinterés o, peor, con su apo-

yo explícito los desmanejos institucionales (en el Indec, la unidad antilavado o la Fiscalía de Investigaciones Administrativas, entre otros) o los actos de corrupción (que llevan, por ejemplo, al manoteo de la máquina de hacer billetes, a la desaparición de casi 1300 millones de pesos de las arcas públicas que se enviaron a Madres de Plaza de Mayo o, peor, que terminan en muertes como en la «Tragedia de Once»).

«Lo más escandaloso que tiene el escándalo es que uno se acostumbra», dijo alguna vez la novelista y filósofa francesa, Simone de Beauvoir. Y basta con observar la pasividad con que la sociedad argentina tolera también las violaciones a sus derechos más elementales que padecen los Qom. O que tantos dirigentes, por ejemplo, ingresen pobres a los clubes y salgan multimillonarios gracias a los fondos de *Fútbol Para Todos*, mientras los clubes que dicen amar van a la quiebra y los barras se muestran dueños de las canchas.

Esa pasividad social es, en parte, consecuencia de los pésimos resultados que muestra el Poder Judicial a la hora de investigar al poder político y económico. Por falta de herramientas, por franca incompetencia o, también, por corrupción. Pero también es su causa.

Es como la paradoja del huevo y la gallina.

¿Qué viene antes? ¿La falta de resultados institucionales o el desinterés social?

Porque sí, en efecto, un estudio de la Asociación Civil por la Igualdad y la Justicia (ACIJ), el Centro para la Investigación y Prevención de la Criminalidad Económica (CIPCE) y la Oficina de Coordinación y Seguimiento en materia de Delitos contra la Administración Pública (OCDAP) —un organismo del Ministerio Público—, determinó que las investigaciones sobre corrupción en la Argentina tardan, en promedio, más de una década en llegar a la instancia de juicio oral. Y esto, en los casos en que sí llegan a esa instancia

decisiva, ya que este tipo de investigaciones sensibles suele concluir antes con «prescripciones masivas».

A eso se suma, según los datos recabados por el CIPCE en un análisis previo de 750 grandes casos de corrupción registrados entre 1980 y 2007 —es decir, los últimos años de la dictadura y las presidencias de Raúl Alfonsín, Carlos Menem, Fernando de la Rúa, las transiciones de Adolfo Rodríguez Saá y Eduardo Duhalde, y el gobierno de Néstor Kirchner—, que solo se condenó al 3% de los involucrados en esos casos, con un desfalco estimado para las arcas públicas de unos 13 000 millones de dólares.

O dicho de otro modo: si usted roba en la Argentina y tiene la mala fortuna de ser detectado y denunciado, lo más probable es que deba desfilar por Tribunales durante 10 años, pero eso no impide que el expediente se cierre por el mero paso del tiempo y el dinero quede en su bolsillo.

¿Qué puede funcionar como disuasorio en este contexto?

Otra vez, ¿qué es primero: el huevo o la gallina?

Según diversos estudios del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), del Swiss Federal Institute of Technology, de Lausana, y de la Universidad de Tilburg, Holanda, entre otros centros, la solución pasa por la sociedad: «En la vida real el castigo infligido a un engaño tiende a ser el rechazo social».

Más directo y basado en su experiencia como el gran fiscal del Mani Pulite, Antonio Di Pietro, a este autor: «La Argentina necesita una reacción ciudadana para combatir la corrupción».

Si eso no ocurre, es previsible entonces que la familia presidencial informe que gana fortunas por los alquileres que le pagan tres grandes contratistas de obras o servicios públicos durante la última década —Lázaro Báez, Cristóbal López y Juan Carlos Relats—, y que los organismos de control no reaccionen.

O que la Oficina Anticorrupción demore años en investigar algunos casos para llegar, en definitiva, a conclusiones insípidas.

O que los Qom reclamen por lo que es justo y que la Casa Rosada los ignore por su alianza con el gobernador de Formosa, Gildo Insfrán.

O que el «capitalismo de amigos» acumule múltiples ejemplos a lo largo de la década larga. Y eso lleve a que Báez arme una constructora 17 días antes del ingreso de los santacruceños a la Casa Rosada y muy pronto esa empresa, Austral Construcciones, se convierta en la mayor beneficiaria de la obra pública en la Patagonia, al mismo tiempo que esa y otras firmas cuyas alquilaban habitaciones en los hoteles presidenciales, construían y aún alquilan inmuebles con la familia Kirchner y hasta comparta un condominio con la Presidenta.

O que Cristóbal avance en los sectores del juego y del petróleo mientras le alquila departamentos y cocheras a la familia presidencial, al mismo tiempo que adquiere activos multimillonarios de Petrobras en la Argentina con la caja que obtiene al dejar de pagar los impuestos que generan esos mismos activos, ante la tolerancia de la AFIP.

O que un empresario como Ernesto Gutiérrez haya tomado el control de Ciccone Calcográfica, como así también lo intentó —con o sin Eduardo Eurnekián— en Aerolíneas Argentinas, Esso y Telecom, con fondos cuyo origen nunca explicitó.

O que el banquero Enrique Eskenazi haya ingresado en YPF por su experticia «en mercados regulados» y con Kirchner al teléfono para negociar con los españoles.

O que el excanillita, cadete y vendedor de sándwiches, sospechado por la Justicia por supuesto narcotráfico, Rudy Ulloa, haya ofertado US\$ 320 millones a Telefónica para adquirir el canal Telefé, o que su nombre haya sonado como supuesto interesado en el Grupo Clarín.

¿Suena excesivo?

No, según clarificó el propio Kirchner al periodista que escribió al respecto. Porque no fue Rudy, sino el ex Presidente quien le indicó que no tenía interés en *Clarín*... al menos por el momento. Porque en su *e-mail* citó una frase de la escritora francesa Marguerite Yourcenar: «Tener razón demasiado pronto es lo mismo que equivocarse».

Porque, en definitiva, si lo raro es un caso aislado, pues puede tomarse como la excepción, un «desvío». Pero si los personajes, las prácticas, los intermediarios y mucho más se repiten en distintos episodios, estamos ante algo muy distinto: estamos ante un sistema.

Eso es lo que planteó el astro del fútbol alemán, Franz Beckenbauer, exmiembro del comité ejecutivo de la FIFA cuando les recordó a muchos cuál es el verdadero cuadro de situación que el escándalo conocido como FIFAgate dejó en evidencia, con Joseph Blatter como su protagonista máximo. «Es el sistema, no el individuo», les recordó «el Káiser». «Van a seguir habiendo distorsiones mientras haya gente con esta actitud y este carácter».

Algunos excolaboradores de Kirchner marcan una distinción. Admiten que no se puede comparar a Lázaro o Rudy, entre otros, con otros como Eskenazi, Gutiérrez, Cristóbal o Marcelo Mindlin, que ya eran empresarios desde mucho antes de siquiera saber de la existencia de Kirchner, más allá de que se beneficiaron de la visión de país que profesaba.

«Néstor envidiaba profundamente a Brasil, de la forma en que sus empresarios defienden a su país, y estaba convencido de que la Argentina necesitaba desarrollar una burguesía nacional para generar un proyecto de país de acá a 50 años», rememoró ante este autor uno de los operadores más cercanos a Kirchner, al punto de ser su emisario ante los españoles de Repsol o, incluso, viajar hasta Japón para transmitir un mensaje que no podía plasmarse en un papel.

Kirchner lo explicitó en uno de sus discursos fundacionales como presidente, en septiembre de 2003. «Es funda-

mental que el capital nacional participe de un proceso de reconstrucción de la sociedad. Es imposible un proyecto de país si no consolidamos una burguesía nacional», afirmó, rodeado de empresarios y tras unas palabras de bienvenida del anfitrión, Jorge Brito, en su rol de presidente de la Asociación de Bancos Privados de Capital Argentino (Adeba).

El panorama era elocuente: en el último informe de la Encuesta Nacional de Grandes Empresas que había llegado hasta las manos de Kirchner antes de ese discurso, constaba que en el top 500 de las firmas que operaban en el país, las locales controlaban apenas el 20,6% de la producción, con utilidades que se reducían al 4,8% del total.

«Néstor consideraba que los sectores de la energía y las comunicaciones eran las bases para el futuro y alentaba a los empresarios a meterse en proyectos, a invertir en el país. A cambio, él les ofrecía todas las oportunidades de financiación y otras que pudiera facilitarles desde el Estado. Eso no quita que también jugara su juego, pero no para llevarse gaita al bolsillo, sino para sentarse a la mesa del poder permanente», abundó el «correo del zar», que de inmediato imitó su inconfundible forma de hablar: «Y shi los em-presharios ademásh shon amigosh, mejor».

Esa obsesión por fomentar una burguesía nacional explicaría sus cortocircuitos con Paolo Rocca y el Grupo Techint, al que no terminaba de descular —¿Es un grupo empresario argentino o italiano? ¿Dónde tributa más impuestos?, desafiaba a sus colaboradores—, como así tampoco ocultaba su desprecio por los hermanos Bulgheroni, porque sostenía que preferían invertir en lugares inhóspitos del planeta en vez de apostar por la Argentina.

«¿Si ayudó a los Eskenazi? Sí, claro, pero ellos ya eran el Grupo Petersen desde hacía décadas. Y Cristóbal ya era un empresario del Sur que por su cuenta podría haber sido el empresario más fuerte de la Patagonia», añadió el otrora compinche de Kirchner, mientras miraba desde su oficina hacia la plaza. «Distinto es el caso de Rudy o de Lázaro. O

incluso de (Julio) De Vido, que nunca, ¡nunca!, se juntó a comer con Néstor», rememoró.

Junto a Cristóbal López ahondaron en esa visión. «Claro que sí, Néstor hablaba de formar 8, 10, 15 grupos nacionales que reinvirtieran sus ganancias en el país. El problema es que esa fue su visión, pero nunca llegó a plasmarse en una política de Estado», aclararon.

Así, la Argentina acaso haya protagonizado, sin saberlo, una reedición de lo que en Nicaragua se conoce como «la piñata».

Ocurrió a principios de 1990, cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Daniel Ortega perdió las elecciones frente a Violeta Chamorro y debió abandonar el poder.

Fue entonces cuando Ortega y sus colaboradores impulsaron la confiscación de propiedades y empresas en toda Nicaragua que en teoría terminaron en manos de los más pobres, pero que en la práctica terminó bajo el control de amigos y familiares de sandinistas y de ellos mismos.

El objetivo teórico buscado era la redistribución de la riqueza, pero en la práctica fue manotear el patrimonio suficiente como para financiar al sandinismo —y a sus líderes— durante los años que debieran caminar por el desierto hasta que pudieran recuperar el poder.

¿Hay que financiar una campaña? Tenemos con qué.

¿Hay que sobornar a un juez que nos investiga? Tenemos con qué.

La estrategia política detrás de la piñata, por supuesto, pronto se mezcló con fines mezquinos de los receptores de esos fondos, que muchas veces manotearon los bienes y huyeron para no volver.

Y la piñata sandinista fue grande. Según calculó el procurador general de Nicaragua, Hernán Estrada, el 23 de abril de 2013, las indemnizaciones que los gobiernos subsiguientes debieron afrontar superaban ya los US\$ 1300 millones.

¿Es mucho o es poco? El PBI nicaragüense rondaba los US\$ 11 200 millones en 2013. Pero cuando Ortega y sus acólitos dispusieron la piñata, no superaba los US\$ 1013 millones.

Manotearon empresas de transporte, medios, madereras, ingenios azucareros, campos, mataderos e incluso Ortega se mudó a una casa confiscada que en 1980 se valuó en US\$ 1 millón y hoy rondaría entre los US\$ 3 y 6 millones, según cómo se actualice ese monto.

«La llamada piñata sandinista fue vergonzosa», escribió al mundo la poeta Gioconda Belli, a la que nadie puede acusar de «contra». Integró las filas del FSLN, fue su vocera y su correo clandestino, transportó sus armas, e integró su comisión político-diplomática. Hasta que rompió, asqueada por la putrefacción de los ideales. «La piñata causó nuevas deserciones en el interior del FSLN por desacuerdos éticos, pero generó al mismo tiempo complicidades estrechas, ya no basadas en ideales y sueños, sino en negocios o en el mutuo encubrimiento —relató—. El FSLN se apropió de emisoras de radio y equipos de televisión. Fundó un banco y formó empresas usando los nombres de cuadros leales que también se enriquecieron».

¿Kirchner lideró una reedición de la «piñata», versión argentina?

Esto no quita reconocer lo mucho muy bueno que impulsó el kirchnerismo desde que asumió las riendas políticas del país.

Puede consignarse, en una lista apenas indiciaria e incompleta, la Asignación Universal por Hijo (AUH), la renovación de la Corte Suprema, el decreto que limitó las atribuciones presidenciales para proponer a los nuevos miembros de ese tribunal, la eliminación de la condena penal para los delitos de calumnias e injurias, la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, la sanción de la ley de matrimonio igualitario y la distribución de más de 5 millones de computadoras entre los chicos. También, la promo-

ción de los derechos humanos como política de Estado, los desarrollos tecnológicos que agilizaron la confección y entrega de los nuevos DNI o las tarjetas SUBE, el nuevo impulso dado a la ciencia, la tecnología y el Conicet, la construcción masiva de nuevas escuelas y el lanzamiento del programa Procrear. O la regularización de empleadas domésticas, los planes Remediar y Nacer, la reforma electoral que introdujo las primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (PASO) y el Programa Nacional de Seguridad Alimentaria, entre mucho otros avances más.

Pero todos esos logros, avances y correcciones conforman el «lado A» del kirchnerismo. Y este libro apunta a su «lado B».

Este libro, en suma, se concentra en los casos de corrupción, las sospechas o las prácticas cuestionables que se acumularon durante sus más de 12 años y medio en el poder. Apunta a contar que el rey, a veces, está desnudo, como en aquel cuento —«El traje nuevo del Emperador»— de Hans Christian Andersen.

Porque el kirchnerismo promovió, en el mejor de los casos, una «burguesía nacional» pero, como en la piñata nicaragüense, mutó en un sistema que por momentos resultó un «capitalismo de amigos» y, en otros, alentó una mera y burda apropiación de capitales.

Repasar el «lado B» de la última década permite ver que el sistema instaurado registra múltiples vasos comunicantes o «conectores» para casos que parecen aislados pero no lo están.

Así, operadores como Manuel Vázquez pueden aparecer detrás de la sospechada compra de aviones a Brasil para Aerolíneas Argentinas al mismo tiempo que en la recaudación para la campaña kirchnerista entre las empresas españolas. O que el transportista de dinero en efectivo para una empresa de Lázaro Báez, Carlos Adrián Calvo López, aparezca también en la financiera de uno de los responsables de los «fondos de Santa Cruz». O que un contador,

Andrés Galera, figure como imputado en la «causa Skanska» en Buenos Aires, se lo haya señalado como recaudador de la obra pública en Tucumán y como operador de Kirchner en el club Racing. O que el mismo hombre, José María Olazagasti, que le franqueó la entrada de la Casa Rosada a Guido Alejandro Antonini Wilson, sea también identificado por funcionarios de la Cancillería argentina como el rostro visible de la «diplomacia paralela» con Ecuador y Venezuela y, hoy, sea el número tres de la ex SIDE.

Estos son apenas cuatro ejemplos entre tantísimos «conectores», «operadores» y «vasos comunicantes» de un sistema que además permite observar una cierta endogamia kirchnerista a la hora de hacer política o negocios. Los nombres se repiten, una y otra vez, marcando una frontera precisa entre quienes integran la «pingüinera» y quienes solo colaboran con ella como satélites, pero pueden ser desechados. Les pasó a Marcelo Mindlin, a Felisa Miceli y a Romina Picolotti, entre otros.

Por último, este libro buscó recrear la invitación del gran Julio Cortázar a los lectores de *Rayuela*. Puede leerse de manera lineal desde la primera página de la letra «A» hasta la última de la «Z». O puede el lector comenzar por la letra que desee y continuar luego por cualquier otra que desee.

Para eso, al final de cada capítulo se consignan a modo de simple sugerencia otras letras con las que se comunica el caso o el personaje sobre el que acaba de leer. En línea, también, con una serie clásica de libros de nuestra infancia: *Elige tu propia aventura*.

Por supuesto, todo y cualquier error plasmado en las páginas siguientes son de mi entera responsabilidad. Por el contrario, este libro nunca se hubiera materializado sin la talentosa ayuda de dos periodistas de fuste: Maia Jastreblansky e Iván Ruiz. A ambos, ¡gracias!

Y una pregunta obvia: ¿por qué esta suerte de diccionario?